

extremo de soltar improperios contra la irreverencia de la traviesa muchachada. No sólo les gritó hasta verla verde sino que, enloquecido por los brebajes que Felipe le había hecho trasegar, no le bastó injuriosos de palabras sino que entró en acción, y, aun cuando Beto Cárcamo trató de detenerlo, se fue contra los réprobos gritándoles canallas fariseos; volcó el falso Sepulcro y, encendido en santa ira, se volvió un fierabrás dando puñetes y patadas. Los mozos mayorcitos, al verse maltratados de esa manera, arremetieron contra el endemoniado Betín y ¡Ave María Purísima! como decía Faustina, fue entonces cuando de veras se formó la de Dios es Cristo.

Beto Cárcamo y Serafín del Carmen trataron de salvar a Betín del zipizape pues hasta piedras le llovieron. El pobre sacristán, vuelto un trapo y sintiéndose impotente en su lucha contra esa nueva forma de herejía, se echó a llorar desconsoladamente y se quedó dormido como un plomo.

Pasada la reyerta en la cual habían obtenido la victoria, los muchachos enderezaron las malcaídas andas y disponíanse a organizar de nuevo la procesión, pero Felipe, que nunca descuidaba las oportunidades, tuvo la desdichada idea de organizarle un fingido sepelio al sacristán. A los mocitos les encantó la bribonada pues estaban furiosos con Betín, de manera que, contra la oposición de Beto Cárcamo, colocaron sobre las parihuelas al descuajaringado catecúmeno cuyas nuevas heridas le sangraban más de la cuenta y el cortejo se puso en movimiento hacía la casa del cadáver viviente.

La noticia de que Betín se había caído de un árbol y lo llevaban muerto llegó enseguida a oídos de su esposa Milagro que, sin hacerle caso a Faustina y a pesar de sus dolores de parto, salió en volandas con rumbo hacia la iglesia en cuya plaza se detuvo desmelenada lanzando aullidos al mirar al **eccehomo**, fue presa de un ataque de nervios y cayó en brazos de quienes la pudieron amparar.

Echando a un lado al desafortunado marido, varios vecinos la transportaron loma arriba en las mismas angarillas que habían servido de anda para el Santo Sepulcro.

Ya en casa, fue necesario darse prisa, porque dio apenas tiempo de acostarla en la cama. Faustina se afanaba: traigan agua caliente, traigan toallas, no dejen que entre nadie, cierren la puerta, salgan todos, déjenme sola en la recámara.

Tejemanaje de hopalandas y cubos de agua. Comentarios. Expectación. Correvidiles. Bochinches. Por fin, entre alaridos que crispaban los nervios, Milagro terminó su faena. Lo hacía obvio la llantarria del niño.

Faustina dijo al salir de la recámara que el recién nacido era blanco como el padre, pero ¡carajo! tenía una mancha negra que le bajaba desde la oreja al cuello y otra que le cubría los dos huevitos y buena parte del bimbín.

María Palito comentó bajo cuerda:

—Dice que el nene es blanco como el Padre. ¡Qué irónica es Faustina! Si Monseñor (al parecer de las beatas) es un santo, presiento que el olor a santidad debe oler a diablo. ¿Y las manchas? Los eclipses de luna causan trastornos en las grávidas y hacen que las criaturas nazcan con enormes lunares negros; pero no ha habido eclipses. Si el rorro es maculado, ya no se salva de que lo apoden El Manchao.

Milagro sí sabía los motivos de aquellas manchas negras. Por lo menos lo intuía.

Resueltos a sacar la procesión de todos modos a como diera lugar, Felipe y sus compinches llegaron a la iglesia cuyas puertas encontraron cerradas. A pesar de que estaban bien jumados, prefirieron deliberar lo cual dio tiempo a que se fueran reuniendo muchos hombres, unos en pro y otros en contra del acto insólito y profano. La discusión fue acalorándose a tal punto que Felipe y los suyos, de consuno, les dieron tan soberbio empujón a ambos portones que éstos se abrieron de manera violenta. Los que impulsados por la inercia irrumpieron bruscamente en el templo quedaron boquiabiertos, casi extáticos, como quien ve visiones. En el altar había un cura ataviado con ornamentos de rigor listo a officiar. Aquella extraña aparición les heló la sangre en las venas. Vicente Barcia había advertido que es peligroso atentar contra la Curia y los poderes del Cielo. La iglesia estaba toda iluminada; el Santo Sepulcro tenía las velas encendidas; del Coro se elevaban tiernas y juveniles voces como de ángeles y la figura fantasmal del venerable vicario, con gestos apacibles de ambos brazos, los invitaba a entrar.

Los asustados y trémulos rebeldes fueron entrando al templo sin chistar. La noticia cundió de boca en boca por todo el pueblo. Al poco rato, la iglesia estaba llena de bote en bote.

El presbítero subió al púlpito y, antes del consabido sermón de las siete palabras, les espetó una jeremiada con truenos y relámpagos idéntica a las

homilías de San Crisóstomo, llamándolos herejes, impíos, profanadores y otros dicterios similares.

Felipe y sus congéneres se vieron obligados a cargar el Sepulcro.

La procesión se llevó a cabo con el mayor respeto, sin proferir palabras, como un oficio de fantasmas.

Después se supo que el nuevo cura había llegado en la misma lancha en la que, grave de muerte, pudo embarcarse al fin María Adelaida con su jaba de frutas para las monjas de Malambo.

Viejo, achacoso y malgeniado, el padre Brito supo granjearse la simpatía del pueblo y se quedó a vivir en la isla para siempre. Bebía guaro a la par de los mejores y lanzaba blasfemias con la misma desfachatez del Ñopo quien se sentía muy orgulloso del coterráneo y, libando con él los deliciosos vinos de España, se ufanaba diciendo:

—El padre Brito también es descendiente de los conquistadores, joder, no como ustedes, mezcla de negros y de indígenas. ¡Brindemos por la cojuda madre patria!

**Semen retemptum venenum est**

Sofocado por la estival canícula y sudando debido a lo empinado de esa maldita cuesta, don Plácido apresura sus pasos para llegar cuanto antes a casa de Malala que lo ha llamado con urgencia. No logra imaginar cuál sea el motivo de la solicitud. Como supone que alguien puede haberse enfermado de gravedad lleva consigo su gastadísimo maletín en el que nunca falta lo necesario para aplicar ventosas, sinapismos, fomentos y sobijos como asimismo árnica, yodo, láudano y alcohol sin olvidar el infaltable frasco con sanguijuelas además de mil pócimas y yerbas de uso casero. Para las sempiternas neuralgias que padece María Adelaida sabe que lo más efectivo son fricciones con cierto linimento a base de opodeldoch, jabón y amoníaco. Si se trata de empacho (ya que los chicos se hartan de mangos verdes y a consecuencia de ello tienen que hacer de tripas corazón) usará la jeringa que emplea Malala para su proverbial estitiquez. Nada hay tan saludable y efectivo como una buena lavativa a tiempo. En caso de que no Surta efecto, no tendré más remedio que espetarles el habitual purgante de ricino o sal de Epsom.

—¿Qué ocurre, Lala? ¿Quién está enfermo? Espero que no sea nada grave. Te veo nerviosa, flaca. ¿Oué se te frunce?

—Vamos a mi recámara. Te quiero hablar como en consulta privada, confidencial. En esta casa nunca faltan zozobras y por eso los nervios no me dejan dormir. Las pesadillas...

—¿Por eso me haces venir? Soy médico. Lo que tú necesitas es un cura. Debes hacer las paces con Monseñor Medina.

—No me amargues la bilis. A ese dichoso párroco zoneíta lo echaremos de la isla por las buenas o por las malas. Lo que ahora me preocupa es mi sobrino.

—¿Qué mosca lo ha picado?

—Se masturba.

—No olvides el dictamen de Hipócrates: **Semen retemptum venenum est.** Betín es ya un adolescente. Sus glándulas secretan. No podrás evitarlo. Si por lo pronto no hay otra vía de escape, déjalo en paz.

—Siempre y cuando que mi sobrina Milagro no coopere en la búsqueda de eso que llamas vía de escape.

—Milagro es una niña formal. Despreocúpate.

—Parece una chiquilla, pero ya es púber y bastante precoz.

—Debo advertirte que has criado a ambos muchachos como si fueran dos caballos de tiro, quiero decir, con freno y anteojeras. Libéralos si quieres liberarte del miedo. Lo que ellos necesitan es forjarse a sí mismos lo cual sólo se logra responsabilizándolos. Ser es hacerse, prima.

María Adelaida tiene la firme convicción de haber educado a ambos sobrinos como lo manda la Santa Madre Iglesia. Piensa que por lo general los niños crecen rodeados de peligros y asechanzas. Para ella la misión del que educa es vigilarlos, frenarlos, alejarlos de malas compañías y de la asidua tentación del demonio. Por eso ha preferido aleccionarlos en la moral cristiana tratando de explicarles el profundo sentido de las cuatro postrimerías para que sepan que después de la muerte somos juzgados y enviados a la Gloria o al Infierno según lo bueno o malo que hayamos sido.

Malala había salvado a Betín de convertirse en un granuja sin Dios ni ley o como dicen en un perro sin amo.

Cuando Delfina y Cándida se fueron a vivir a la ciudad (la una agotada por su tuberculosis y la otra a hacer estudios de maestra y a auxiliar a la madre), Betín quedó casi al garete pues Ñopo se entregó a la bebida y al buen vivir en brazos de Chon Candela.

Con Betín de pupilo, Felipe urdía diabluras de toda especie. Navegaban en inseguros cayucos con grave riesgo de naufragar y ahogarse para servir de pasto (ni Dios lo quiera) a los feroces escualos. Felipe prefería sobre todo robar frutas en las fincas ajenas. Ingenuamente Betín seguía tras él y se asustaba cuando alguno de los furiosos dueños lanzaba piedras y denuestos contra el negro ladrón y, tímido, se quedaba estático mientras

Felipe huía. Como, además de ser un niño inocente, tenía la suerte de ser hijo del Ñopo, nadie osaba ofenderlo.

No pudiendo sufrir àquel ocioso vagabundaje de Betín, María Adelaida le puso al Ñopo un ultimátum: o educas a este niño como Dios manda o lo dejas del todo bajo mi tutelaje. Al Ñopo jamás le pareció tan oportuna la intervención de la severa Malala.

No hubo en el pueblo quien no manifestara su beneplácito por la recta actitud de la tía Lala que, dicho sea de paso, no era tan desinteresada. Se trataba de cuidar a Milagro que había cumplido ocho años y era una niña muy inquieta y un tanto irresponsable. No habiendo empleadas para ello pues como era sabido en casa de las tías la Magdalena no estaba para tafetanes, Betín debió encargarse de esa misión.

María Chabela no había podido criar a su hija dedicándole a la preciosa huérfana todo su tiempo debido a que sus clases la obligaban a estar con sus alumnos del día a la noche. Tal tarea estuvo a cargo de Lala y Lola que, por ser solteronas, se excedieron cada cual por su lado, ya en rigidez ya en mimos. Cuando Lala ofendía, Lola adulaba; además, se veían obligadas a turnarse llamadas por asuntos locales lo cual a veces resultaba engorroso. Fue ese el motivo, egoísta y un tanto acomodaticio, por el que ese año Betín mudó sus bártulos y se instaló con cama y todo en el mismo ático donde dormía Milagro. Desde entonces él fue ni más ni menos que una niñera y tuvo que soportarle a la chiquilla caprichos y rabieta que comúnmente lo ponían de vuelta y media.

Sin embargo, tanto va el cántaro a la fuente que se acostumbra al agua. Durmiendo en el altillo en camas gemelas y muy juntas Betín limó asperezas y terminó por habituarse a las manías de su prima quien, como no era tonta, supo a su vez sacar partido de las ventajas que por las noches le ofrecía el compañero debido al miedo que le infundían los truenos, rayos y relámpagos. Apenas empezaba la chispeante y ruidosa pirotecnia celeste ella, mudándose de cama, se acurrucaba con Betín. Por fortuna Lala, Lola y Chabela jamás llegaron a enterarse de tal tejemaneje.

El altillo tenía un ojo de buey y dos ventanas. De estas últimas una coincidía con la del ático de la casa cural; por la otra, con vista al mar, Betín y Milagro subían al techo y era, lindo desde allí otear las barcas que con las velas desplegadas zarpaban raudas y se iban alejando de la bahía.

Chabela había adornado el altillo con láminas de variados colores que recordaban escenas de la Biblia o de hogareñas moralidades. En una de ellas la Virgen, de rodillas frente al enviado del Señor, recibía humildemente su mensaje. De los divinos labios del Arcángel Gabriel salían rítmicamente ordenadas las palabras latinas **ave gratia plena Dominus tecum**. En otra estampa el Ángel de la Guarda protegía a dos niñitos de ambos sexos contra el grave peligro de caerse y ahogarse en las violentas aguas de un río. La más vistosa de aquellas tricomías era la del pecado original. Adán y Eva, cubriéndose con hojas de parra, escuchaban contritos la admonición de Dios quien, según explicaba la maestra Chabela, les decía aquello del sudor de la frente y al polvo volverás. Nuestros primeros padres se avergonzaban de estar desnudos pues tendrían que salir del Paraíso en tal facha. Decía que Dios les hizo túnicas para que se cubrieran. Betín se imaginaba al pobre viejo cosiendo con aguja y dedal medio cegato como la tía Dolores. Milagro se apiadaba de Adán y Eva pues sabía lo dañino que es comer frutas verdes que casi siempre estrañen y dan pujos. Tal vez esa manzana no estaba ni siquiera en sazón. Qué empacho sufrirían. Sólo al imaginárselo pensaba en el terrible sabor de los purgantes que les hacía ingerir tío Plácido.

A la hora en que Betín iba a la escuela, Milagro era atendida por tía Lola quien por el hecho de ser desmemoriada, veíase con frecuencia obligada a regresar al mercado o a las tiendas porque se le olvidaba ya una cosa o la otra. No le quedaba más remedio que llevarse consigo a Milagro para lo cual debía vestirla con ropa limpia. Fastidiada por el trajín que requería tal faena, halló más fácil recurrir a los buenos oficios de Comepán. Tía Lola no ignoraba la mala fama de la joven, pero eso la tenía sin cuidado, qué culpa iba a tener la pobre huérfana. A cambio de comida la putita barría, fregaba trastos y cuidaba a la niña. Con tal de que Malala y Chabela no se enteraran, tía Lola se entretenía en la tienda o en la iglesia dejando a la sobrina encomendada al libre arbitrio de Comepán quien, de modo espontáneo y sin malicia forjó el carácter de Milagro enseñándole argucias de su errabunda picaresca y otras reglas del juego en el difícil arte de disimular.

Con tan variada educación la niña fue adquiriendo mil rostros, mil facetas y, en resumidas cuentas, mil personalidades para cada una de las cuales ella fingía una máscara según el caso. Siendo la misma era distinta con todos: con Chabela, sumisa; con Malala, taimada; con tía Lola, mimosa; con Betín, displicente; con Comepán, obscena; consigo misma, impúdica; con los demás, prudente; y en general, astuta, simuladora, artera.

Cuando Milagro comenzó a empimpollarse y en su pecho insinuábanse dos botoncitos indiscretos, Malala, actuando con muy sutil prudencia dejó sola a la niña en el altillo. A Betín lo bajó a dormir junto a ella, instalándolo en su propia recámara pues «quería protegerlo contra los malos pensamientos».

Los niños crecen de modo inevitable, pero María Adelaila conservaba en su mente la imagen del precioso ángel rubio que fue Betín cuando pequeño. Lo hacía fungir de monaguillo con sotanilla roja y sobrepelliz (preciosas prendas confeccionadas por tía Lola para que el padre Amado aceptara iniciarlo en los profundos misterios de la misa). Recordaba que las Damas Católicas se derretían de gozo viendo la devoción y el respeto con que el niño sabía desenvolverse en el altar.

Lo que más agradaba a las feligresas eran los bucles rubios de Betín, tan atractivos, que a veces las miradas de algunas niñas se iban tras el acólito y descuidaban el oficio divino. Quienes solían llamarlo Niño Jesús de Praga lo hacían de pura envidia. Nada de malo tenía tal semejanza, protestaban las tías.

Fue a causa de la manda que tuvo que pagar por esas fiebres que parecían de tifoidea. Como don Plácido no estaba en la isla. Faustina diagnosticó mal de ojos, pero en vista de lo poco efectivos que resultaron sus sahumeros Malala encomendó la curación de Betín al Santo Niño Jesús de Praga cuya imagen campea resplandeciente en uno de los altares de la iglesia. Fue como cosa de milagro. La curación y el apodo llegaron al unísono.

—El Ñopo se quejaba contra las tres Marías porque mimaban demasiado a Betín. Lo afeminaban. Él habría preferido educarlo bajo una recia disciplina castrense, forjándole un carácter adecuado a la raza de los conquistadores y más cónsona con la acerada estirpe hispánica.

—Quiero que aprenda a ser un hombre, no un marica. Por eso le he dado buen ejemplo.

—Por sabido se calla —decía con retintín María Adelaida.

Córtenle ya esos crespos. No quiero que parezca mujercita.

Empecinadas en educar al niño a su manera no transigían con el gallego y aún a pesar de que Betín ya estaba crecido solían acicalarlo de modo exagerado para enviarlo a la escuela siempre al pie de la maestra Chabela.

En cuanto a eso de cortarle los rulos, qué despropósito, pues tenían la esperanza de conservar en una foto la imagen de lo bello que era el sobrino con sus doradas trenzas. Le habían hecho una túnica morada asegurando que se vería muy bien de Nazareno montado en la borrica de Balbina.

Como Betín tenía muy buena voz y andaba siempre pegado a las hermanas, el padre Amado lo hacía cantar como solista en el coro de las Hijas de María.

Integraba asimismo la juvenil comparsa que danzaba en el atrio de la iglesia durante el Corpus Christi.

—¡Ya llegaron los ángelesomos! —anunciaba la gárrula chiquería. Y allí estaban los seráficos niños vestidos de ángeles con sus túnicas blancas, su halo dorado y sus alitas de papel crepé. Sonaban panderetas, bailaban y cantaban: **Ángeles somos, del cielo venimos.**

Después, Betín y sus cofrades se entretenían viendo a los parrampanes que, ataviados de modo extravagante y ridículo hacían piruetas al son de tamboriles y cascabeles.

Lo que más entusiasmaba a Betín era la bullaranga que se armaba con motivo de la quema de Judas.

Tras el raudo repique de campanas festivas y el cántico de **Gloria in excelsis Deo**, los chiquillitos se reunían en la plaza, subidos en el atrio de la iglesia, para asistir al linchamiento de un grotesco muñeco de porte natural hecho de trapo, rústicamente henchido de papeles y cohetes. Se le colgaba de un farol y alguien leía en voz alta el testamento del infeliz traidor, legado en broma, redactado con saña maliciosa, mediante cuyas cláusulas el desdichado difunto donaba sus haberes distribuyéndolos entre los más notorios personajes de la isla. Mientras más humorística y satírica era la donación más alaridos de regocijo provocaba entre los presentes, sobre todo si las agudas pullas herían a gente seria como al austero Papa Chente a quien el muerto legaba su sostén, cinturón o suspensorio para su hernia vulgo potra; don Plácido heredaba una jeringa para la gente estítica; el Ñopo, un buque fantasma para vender naranjas de contrabando en la Zona de Canal; a Felipe el difunto le dejaba una burra con buena dote e idem vulva digna de ser su esposa; a Malala, una fina bacinilla de loza con la maravillosa propiedad de silenciar indiscretos traqueteos; a Comepán el muerto le regalaba un pan del tamaño de su hambre y un hambre del porte de su pan.

Leído el testamento, le prendían fuego al Judas tras haberlo empapado en kerosín. Entre el fogaje de las llamas, los cohetes y petardos atronaban el aire mientras la alegre chiquillería saltaba de un lado a otro dando gritos frenéticos de júbilo.

Eran tiempos felices, inolvidables; pero los años pasan. Sólo María Adelaida seguía en sus trece, pues aunque ya Betín marginaba la pubertad con sus barrosidades y demás excrecencias, para ella seguía siendo un angelito. Chon Candela se reía de lo lindo a espaldas de ella y de su beata inocencia. Recordaba que desde pequeñito, meciéndose con él en la hamaca, solía dormirlo por las noches acariciándole el bimbín bien erguido.

A Malala no le agradaba mucho ver a Betín en malas compañías y aún menos junto a ese gran vagazo de Felipe que era maestro en artimañas. Atosigaba al Ñopo diciéndole que estuviera ojo al Cristo, pero este hacía la vista gorda porque al fin y al cabo, como él decía, Felipe era segura salvaguarda, pues quien con lobos anda, a aullar aprende. No lo quería aniñado, lo quería todo un hombre. Si hacían barrabasadas, allá ellos. Siempre era cosa fácil hallar algún pretexto para hacer que Felipe bailara, al son del rejo, la titirinana.

Tanto le habló Felipe de sus diversos éxitos sexuales que a Betín se le abrió el apetito y, poco a poco, le fue entrando en el cuerpo la fiebre de imitarlo.

—Tienes comida en casa y no la tocas —le dijo un día Felipe—. Milagro es ya un milagro y está en punto de caramelo. ¿Por qué no la aprovechas? Te pareces al perro del hortelano que ni come ni deja comer al amo. Decídete a saborear el dulce o yo mismo le juparé los perros a esa novilla.

## X

### ¡No hay perdón!

Después de una titánica lucha con la Muerte, Leila, según parece, murió de eclampsia. Su cadáver, debidamente facturado, viajó hasta la isla en una caja con ribetes y agarraderas niqueladas

Sintiéndose culpable, sin serlo, Cándida decidió adoptar a la recién nacida. Deseaba que se criase a la par de su hijo y en calidad de hermana.

La noche del velorio, en la casita del mirto, la gente se sentía más confusa que de costumbre. Nadie lograba comprender por qué motivo Dios castigaba a Papa Chente de un solo sopetón con tanta saña. Un hombre tan honesto como él, tan dedicado a las cosas de la iglesia, tan decidido defensor de la fe, tan enemigo del vicio, recibía de repente golpe tras golpe. Todo ello hacía pensar que Jehová, como en el caso de Job, sólo deseaba probar su mansedumbre.

Plácido Ladera, liberal, masón, ateo (que asiste los domingos a la iglesia y está siempre presente en los velorios), sabe que sus ideas son opuestas a las de Papa Chente, pero es como él honesto y enemigo del vicio. Por eso es buen amigo de Papa Cliente aunque el otro sea beato, conservador y ultramontano. Cada cual a su modo procura dar consejos y mejorar el rumbo de las cosas en la isla según la propia visión del mundo.

Arruinado por las locuras de Chinino, Vicente Barcia sobrevive administrando la finca de Malala y, por las tardes, labrando sus tabacos, que son de calidad superior. Estos puros los vende exclusivamente María Palito.

Gran lector de la **Biblia**, Vicente Barcia es, sin lugar a dudas, la autoridad en la isla a ese respecto, pues aun los curas reconocen su consistencia en

pirotecnias versiculares. Don Plácido Ladera cuyo perenne espíritu burlón lo obliga a veces a irrespetar a Papa Chente, le aplica la garrocha de vez en cuando como a los bueyes lentos.

En todos los velorios discuten debido a que ambos tienen criterios definitivamente opuestos en los puntos que atañen a la fe y, sobre todo, a las cuatro postrimerías.

El velorio de Leila no era la coyuntura más a propósito para tratar temas de esa índole ya que, decía María Palito, Papa Chente se veía surumbático, pero Plácido pensaba en el refrán que dice: porque te quiero te aporreo. En el fondo, lo que deseaba era mortificar a Papa Chente proponiéndole un tema que, exasperándolo, lo distrajesen de su pena. Por eso le planteó el argumento de la benignidad del Cristianismo. Don Plácido nunca estuvo de acuerdo con el perdón del Evangelio.

—Te has comportado bien toda tu vida, Chente. Nadie puede negarte que has sido en la isla un modelo de virtudes. ¿Te ha demostrado el Señor su complacencia por tu vida de rigurosa temperancia? Nada de eso. Por el contrario, te ha castigado como a Job. Esta inversión de los valores se contradice con mi idea de la justicia divina. Primero deberíamos definir lo que realmente se entiende por pecado. Siempre me ha parecido absurda la idea de un niño confesándose. ¿Qué pecados puede haber manejado? La pertinacia con que el cura pregunta si el niño ha cometido actos sexuales más bien lo incita a masturbarse. Las enseñanzas sexofóbicas de la Iglesia lo que hacen es trastornarlo todo. Durante muchos siglos la Curia ha inficionado y extenuado el universo cristiano con su famoso pecado original y ha impuesto el Sexto Mandamiento como un tabú solemne, no fornicar, que de cumplirse habría causado la completa extinción del mundo. Tanto es así, que en las familias, los padres no conversan con sus hijos sobre asuntos sexuales. Los muchachos que habitan en el campo aprenden toda la procreación directamente debido a su común existencia con las bestias. Ven que, rijoso, el alazán monta a la yegua, los perros a las perras, el gallo a las gallinas y así por el estilo. ¿Qué pedagogo, qué maestro podrá enseñarles el proceso genésico mejor que la experiencia que ellos reciben directamente de la Naturaleza? ¿Podrías tú definirme lo que es pecado? ¿La trasgresión contra las leyes de Dios? Gregorio el Grande estableció sus famosos siete pecados capitales: avaricia, envidia, ira, gula, lujuria, pereza y soberbia. ¿Crees de veras que esas pasiones sean pecados? Pecado es la injusticia y el crimen del poderoso contra el débil. La iglesia y sus odiados inquisidores pecaron al mandar a la hoguera a millares de inocentes